

nes; la omisión de todo género de respetos á los diputados advertidos por pregoneros y anuncios como todo el mundo; la necesidad de reunirse en el Juego de Pelota, cual si en vez de soberanos fueran rebeldes perseguidos; la maquinación de intrigas conjuradas contra los derechos del hombre y la soberanía del pueblo; la crueldad con que se lanza al rey en una guerra con los representantes del estado llano, precisa comprometerse á desempeñar hasta el fin cargo tan espinoso como el cargo de diputado, en presencia de Dios y de los hombres, con solemne y decisivo juramento.

Esta proposición resume la idea que vaga por todas las inteligencias y el afecto que domina todos los corazones. Ruidosa salva de aplausos estalla seguida de aclamación universal. En medio del entusiasmo se encuentra una de esas fórmulas oraculares que las Sibilas antiguas despedían de sus labios agitados desde la tripode donde las abrasaba el fuego de la inspiración. La Asamblea jura que ninguna intimidación podrá desconcertarla, y que, depositaria de la voluntad y del pensamiento de la Francia, se reunirá dondequiera que pueda para cumplir su cometido y dotar de una constitución á la patria. Los tiempos aquellos son de fe. La sinceridad de los sentimientos reina con toda su virtud. Y de aquellas promesas hechas con la solemnidad de un acto religioso y en presencia de Dios, resultará un solemne compromiso que habrá de cumplirse, aunque sea derramando la propia sangre y ofreciendo á la palabra empeñada el holocausto de la vida. Los representantes, pues, de Francia se sostienen unos á otros en este momento, y se comunican su fe, y se deciden á que la representación nacional sea verdad. Su juramento público sella el sepulcro donde está encerrado el mundo de la liturgia antigua y de los antiguos misterios. Una nación está constituida por sí misma, sin necesidad de la intervención de poderes sobrenaturales, frente á frente de un trono. Este juramento que electriza á todos no es más que la viva consagración de su derecho.

Es verdad que algunos incidentes perturban la marcha de la sesión mientras otros la realzan y elevan. Los diputados de Santo Domingo, que todavía no han podido presentar sus actas y tomar parte en las sesiones, piden ser admitidos al juramento. Palabras de fraternidad y de ternura se exhalan de todos los labios al ver conciudadanos venidos de tan lejos para consagrar los derechos de los franceses á ser hombres y los derechos de Francia á ser nación. En medio de la solemne ceremonia, y cuando las tribunas aplauden á cada diputado que se presenta, y los diputados se abrazan y se sostienen mutuamente presintiendo que van á entrar en gigantesca lucha, resuena un nombre que protesta del acto y se opone al juramento, M. Martín de Auch. Esta voz que desconcierta en la armonía, este diputado que protesta en medio del entusiasmo, la oposición estallando en el sentimiento universal, provocan esos gritos y esos clamores propios de los pueblos y de los hombres poco prácticos en el ejercicio de la libertad y en el conocimiento de sus contradicciones inevitables. Mas el presidente advierte el derecho que asiste al diputado y la obligación que todos tienen de respetar su albedrío y la expresión entera de su palabra y de su voto. Martín declara que para él todo acto de la Asamblea nece-

sita la sanción del rey. Un viva entusiasta sigue á esta invocación. La lucha se dibuja ya en todos estos actos, pero no ha comenzado todavía. El rey conserva intacto su prestigio en la dorada nube donde se encierra. El pueblo y sus representantes acarician todavía la utópica idea de una reconciliación entre el antiguo y el nuevo derecho, que mutuamente se combaten y se niegan. Así es que, al evocar el diputado monárquico la sombra del rey, se propuso enviar al rey otro mensaje. Mas el sombrío recelo que los últimos hechos interponían entre el monarca y el pueblo, se vió en cuanto se quiso formular tal proposición. Unas palabras aparecían como queja demasiado viva y otras como sumisión demasiado humilde; estas como un agravio, aquellas como un mentís á los mismos actos que acababan de consumarse. Por consiguiente, decidióse en acuerdo unánime prescindir del mensaje y atenerse al juramento.

La última resolución tomada estuvo en consonancia con las primeras y exenta de toda incertidumbre. Puesto que la sesión del Juego de Pelota se verificó en el sábado 20 de junio, decidióse observar la fiesta del domingo y no reunirse de nuevo hasta el día de la sesión regia. Imposibilitados por el respeto de deliberar en presencia del rey, guardaríanle todos los acatamientos debidos y sellarían los labios; pero así que el rey dejara la sala, continuarían sus deliberaciones. Eran las cuatro y media cuando se levantó esta sesión. Había nacido un nuevo mundo. La leyenda de la unión entre el pueblo y el trono se disipaba como un sueño. Todavía quedaban los resplandores de esa idea como quedan los reflejos del sol después que se ha sumergido en su ocaso. Pero la verdad es que esta fecha del 20 de junio y este sitio del Juego de Pelota señalan una nueva determinación del espíritu revolucionario y un nuevo término en la serie de sus manifestaciones. Así ha pasado á la memoria de todas las gentes y se ha confundido con las fórmulas más usuales del lenguaje de todos los pueblos; porque el 20 de junio de 1789, como el Juego de Pelota, sito en la calle del Antiguo Versalles, señalan una transformación del humano espíritu.

#### VIII

El rey cayó en nuevas irresoluciones, aplazando la sesión regia señalada para el lunes 22 de junio al martes 23. El arranque con que en el trinquete contestaran los plebeyos á los privilegiados, por la virtud propia del heroísmo, los engrandeció mucho y les captó la amistad de los clérigos, desconcertando de paso las maquinaciones de los nobles. El rey, como si los lugares tuvieran cierto prestigio mágico, al comunicar que la sesión regia se difería, anunció también que la sala destinada al Estamento continuaba cerrada. Diríase que, cómplice de sus enemigos ó instrumento de la Providencia, deparaba él mismo un teatro apropiado á la unión de los diputados del pueblo y los diputados del clero, que iba á verificarse. La iglesia de San Luis ofreció refugio á la Cámara errante, y este refugio consagró un acto de verdadera trascendencia política y de verdadera significación social. El presidente notificó á los diputados que el rey le había escrito participándole el aplazamiento de su entrevista con los Estados Generales, y el marqués de Brezé le había enviado la respuesta del

rey, á todo lo cual había contestado con un simple acuse del recibo de ambas cartas. El acta de la sesión celebrada en el trinquete de Versalles se lee, y los diputados que no prestaron aquel día juramento, lo prestan después de leída el acta. Á las doce y media Bailly anuncia que la mayoría de los clérigos quiere incorporarse al Congreso de la nación. Un escalofrío de entusiasmo recorre todo aquel gran cuerpo dispuesto á una lucha tan grande. Á las dos el clero se reúne en el coro de San Luis y se designan nominalmente los miembros de su clase que van á entrar en la Asamblea. Cada nombre que resuena bajo las bóvedas del templo suscita una tempestad de aclamaciones y de aplausos, cuya resonancia parece aumentarse en aquel sitio henchido con el continuo eco de los cánticos sagrados. Á los pocos momentos la diputación de la clerecía, llevando á su frente al obispo de Chartres, pide el sitio que le corresponda, cuya designación deja al arbitrio del presidente. Los representantes del tercer estado se levantan de los bancos más cercanos al santuario y los ceden al clero por ser los preferentes y los preferibles en puesto y en honor. Y efectivamente, los sacerdotes con sus trajes negros, los obispos con sus crujientes vestiduras y sus cruces deslumbradoras penetran por las puertas del templo en procesión majestuosa, seguidos por los aplausos y aun por las lágrimas de todos los concurrentes, á cuyos ojos destella esta majestuosa escena los resplandores de una verdadera esperanza. Entre el presidente de la Cámara y el arzobispo de Vienne cambianse, más que cumplimientos, palabras de verdadero afecto, nacidas en la comunidad de sus ideas y de sus sentimientos. Los naufragos de ayer abrazándose con los sacerdotes bajo las bóvedas de una iglesia; la libertad y la religión confundándose como los matices en la luz; los representantes de la razón humana y los depositarios de la revelación divina juntando sus almas para defender las mismas ideas y salvar los mismos derechos; un juramento político bendecido por la Iglesia; la aparición de una nueva Asamblea á la luz de las lámparas del santuario; todo esto daba ocasión á pensar que la metamorfosis de las instituciones antiguas en nuevas instituciones iba á verificarse sin estremecimientos y sin sangre, como una difusión de ideas avivadas al calor del entusiasmo y á la luz de una purísima fe. Estábamos entonces en el paraíso de la revolución. Dominaban las facultades superiores humanas á todo el hombre. Se veía y se admiraba el ideal. Podría sin ilusión ni énfasis anunciarse un florecimiento de la inteligencia humana, como aquel que las Sibilas habían anunciado á Virgilio y Virgilio al mundo. Las ideas más antitéticas, los intereses más opuestos, los principios más contradictorios, los elementos más antagónicos, como que se fundían y se cobijaban para formar las bases incontrastables de una nueva sociedad. Pero las fatalidades á que estamos sujetos, la guerra continua de los seres unos con otros que no podemos impedir, el conflicto de intereses y el combate de fuerzas que no podemos evitar, los tributos pagados necesariamente por nuestra limitación al mal, cuyo reinado es perdurable en nuestra condicionalidad, trajeron al cabo esas violentas erupciones de la revolución, cuyos estragos no se impiden cuando ceguerras incurables los desencadenan y los justifican.

Mas como quiera que el origen de la revolución sea el estudio principal de este Prólogo, sigamos viendo cómo en los comienzos de la revolución se substituye poco á poco al poder monárquico la soberanía nacional. Después de haberse verificado el 22 la fusión entre la mayoría del clero y la totalidad de los delegados del pueblo, verificase el 23 la sesión regia en que á los delegados del pueblo se presenta el monarca. El día no era aquel día 4 de mayo tan esplendente y tan jubiloso. El vivo sol brillaba en la primera sesión y sobre la segunda pesaban las tinieblas. Un torrente de luz caía del cielo en la primera ocasión y en la segunda un torrente de lluvia. Las muchedumbres venían también por todas las encrucijadas, pero no á aplaudir, á amenazar. Los semblantes que irradiaban alegría, se habían vuelto siniestros y torvos. Palabras más propias de una conjuración que de una fiesta corrían de labio en labio y se propagaban de oído en oído. Numerosos pelotones patrullaban por los alrededores de la Asamblea y se disolvían los grupos que iban formando las inquietas muchedumbres. Destacamentos de guardias francesas mostraban sus armas y su vigilancia como si celaran una plaza sitiada. Cuatro mil soldados acampaban dentro de Versalles; seis mil en las cercanías. Al pasar los diputados del estado llano entre el pueblo debieron comprender cómo su irritación cundía y se preparaba su venganza. Nuevos vejámenes los aguardaban y por consiguiente nuevas cóleras cundían. Las puertas estaban herméticamente cerradas. Seiscientos delegados de la nación soberana debieron aguardar bajo la lluvia inclemente que aquella puerta se abriera, mientras los representantes del clero y del patriciado habían tenido su entrada completamente franca. Este empeño de considerar inferiores á los que representaban la mayoría de la nación exacerbaba los ánimos y no producía ningún resultado tangible. En política todo lo inútil es dañoso. Tres veces llamó Bailly á la puerta y tres veces le respondieron absolutamente con el silencio. «Id, id, decía Mirabeau con su soberbia ironía al presidente, presentad la nación al rey.» Por fin, á la amenaza de retirarse, las puertas cedieron, y los plebeyos encontraron en su puesto al clero y la nobleza, que ya no podían considerar al tercer estado como el último de los estados cuando había ascendido á primero, no sólo por virtud de su derecho, sino por virtud también de su energía y de su mérito.

Altísimo estrado se elevaba en el fondo de la sala todo cubierto de riquísimos tapices; sobre el estrado lucía el solio recamado de oro; bajo el solio campeaba el monarca y en torno del monarca su corte brillantísima y los príncipes de la sangre, entre los cuales resaltaban, así el realista conde de Artois como el revolucionario duque de Orleans; al pie del trono, cerca de la primera grada del estrado, el gran maestro de ceremonias, vestido con los más llamativos colores y hecho un ramillete de plumas y de cintas; en la segunda grada del estrado el simple maestro de ceremonias; un poco más abajo los cuatro heraldos; aquí y allá los reyes de armas, los maceros, los cancilleres, los pares de Francia, los consejeros de Estado, los mariscales, los jueces, los miembros del Parlamento, los prebostes de París y Lyon, el procurador general de la corte, todo cuanto pudiera infundir á los plebeyos la idea de que

el palacio era un cielo y un Dios el monarca. Pero los plebeyos no eran aquellos pobres indios encontrados por nuestros descubridores en el seno de América que tomaban las cuentas de vidrio por diamantes, los jinetes por centauros, los tiros por truenos y rayos, los anuncios de los eclipses por inspiración y comercio con los dioses; eran hombres que habían rasgado el velo de los santuarios con el análisis de la crítica y encontrado bajo los mantos y las preseas el descarnado esqueleto que formaba, digámoslo así, el organismo interior de los poderes públicos por los conjuros de la razón convertidos de celestes y divinos en delegados de la nación y representantes de su inalienable soberanía.

Así es que los diputados atendieron poco á la ceremonia y mucho á las palabras del monarca. Solemnes y gravísimas eran ellas. Su tono contrastaba por la altivez con la bondad de carácter que distinguía á Luis XVI. Realmente el poder monárquico, herido por el juramento de la plebe, rehacíase como para producir una inmediata reacción. Hablaba de sus derechos como si todavía conservaran la antigua integridad, y de sus resoluciones como si él solo fuera en realidad la nación entera. Proponía cuándo los Estados debían deliberar juntos y cuándo separados, como si poseyese el poder constituyente. Insistía sobre la idea favorita de su inteligencia, sobre que representaban los tres brazos la antigua constitución de la monarquía. A tal punto estaba trascordado que pedía jurisdicción hasta sobre el examen de las actas y la validación de los poderes. Luego, al declarar sagrado el derecho de propiedad, ponía al nivel de la propiedad los diezmos, los censos, las rentas, los derechos y deberes feudales y señoriales. Junto á todo esto encontrábase proposiciones de verdaderas reformas, invocación al derecho, promesas de leyes, algunos años antes excelentísimas y en aquella hora inútiles, cuando la nación se había sentido soberana y deseaba no sólo realizar el bien, sino realizarlo por sí misma. Así, la peroración con que concluía aquella especie de carta otorgada, impuesta con tal ahinco y profundamente despreciada por los mismos á quienes quería favorecer, reivindicaba la posesión completa del poder absoluto para la monarquía en caso de encontrar invencibles resistencias. «Reflexionad, decía, que ninguno de vuestros proyectos, ninguna de vuestras disposiciones pueden tener fuerza de ley sin mi especial consentimiento. Yo soy el fiador natural de vuestros respectivos derechos; y bien podéis descansar en mi equitativa imparcialidad. Toda desconfianza de vuestra parte resultaría una grande injusticia. Yo solo, hasta ahora, he hecho la felicidad de mis pueblos; y es raro que la única ambición de un monarca sea obtener de sus súbditos que se entiendan para recibir sus beneficios. Si me abandonáis en mi empresa, solo haré el bien de los pueblos y me consideraré yo solo como su verdadero representante. Y marcharé hacia el fin que me he propuesto y lo alcanzaré con todo el valor y toda la firmeza que deben inspirarme. Os ordeno, señores, separaros en seguida, y volver mañana por la mañana á reunirlos en los varios locales afectos á vuestras respectivas órdenes para celebrar de nuevo vuestras sesiones. Ordeno al maestro de ceremonias que prepare los salones.»

Y el rey se levantó en medio del mayor silencio. Ya no se tendían á él los brazos del estado llano, ni su cabeza se inclinaba en señal de agradecimiento. Un reto se acababa de lanzar, y ese reto debía recogerse. La nobleza siguió el camino de la monarquía; y el clero á su vez el camino de la nobleza. Todos se encaminaron por el mismo sitio y salieron por la misma puerta que la corte. Pero el estado llano se quedó inmóvil, mirándose unos á otros los diputados, como si los hubiera herido de estupor aquel arrebató de orgullo. Perplejos, inciertos, sintiendo obscurecerse el aire en torno suyo, retemblar la tierra bajo sus plantas, temían el tránsito aquel de la antigua concordia al completo rompimiento. Pero la idea de la revolución se hizo palabra y se encarnó en los labios de Mirabeau.

La admiración jamás descansará ante este hombre, el cual parece un siglo, una revolución, una asamblea, una clase, todo, menos un individuo aislado y solo, pues alza desmedidamente la cabeza sobre todos cuantos le rodean. Si la tierra con los descubrimientos se ha agrandado; si el arte con las inspiraciones clásicas ha revestido una forma mucho más bella y se ha consagrado á la inmortalidad, recibiendo el beso creador de Grecia; si la religión misma, que parecía llama inextinguible sobre un ara eterna y eternamente adorada, se ha convertido en una tempestad y ha llamado las conciencias á la revolución por la voz tonante de los reformadores; si la filosofía ha sacudido las cenizas de la escolástica y creado el hombre interior, dándole plenitud de vida y de conciencia, poniéndole el amor indomable á la libertad en el corazón, y la noción del derecho en la mente; si la idea ha pasado en su rápida carrera al través de los espacios desde cometa incierto y errante á sol luminisísimo en cuyo torno giran innumerables mundos; si la idea-tierra, la idea-arte, la idea-religión, la idea-ciencia se han desarrollado en los viajes de Gama, de Colón y de Magallanes, en las figuras de Rafael y en los gigantes de la Sixtina, en las arengas de Lutero y de Calvino, en las observaciones de Vives y Bacon como en los entimemas de Descartes; el coloso que ha aplicado todo este incendio del espíritu humano á la realidad y ha derretido en sus llamaradas y en sus nubes de humo todas las cadenas, es ciertamente ese Mirabeau, la idea práctica, la idea política, la idea real, la idea concreta, el verbo humano, y por eso desde la tribuna desafió á lo pasado y lo tendió á sus plantas, quedando entre las ruinas de un mundo y las bases de otro, entre el ocaso de un tiempo nefasto y el oriente de otro tiempo mejor, combatido por la tempestad y coronado con tintas extrañas de luz y de tinieblas, como la personalidad más original, si no la más grande, que ha conocido la historia.

No le culpéis si ha cogido aquí y allá sus ideas, si ha explotado á colaboradores que le han hecho sus discursos, si ha puesto en su boca artículos enteros de otro sin una sola palabra de propia cosecha, si ha sentido tantas pasiones y ha vacilado en tanta ocasión sublime hasta el punto de creerse con fuerzas para oponer sus hercúleos brazos al torrente por él desatado cuando no había podido fecundar aún la tierra y la conciencia. Es muy fácil juzgar desde el retiro de una biblioteca y sobre el frío é inmovible pupitre al hombre que ha pasado á través de la tempestad. Pero idos por el mun-

do social, comenzad esa carrera que no podéis medir y calcular, proponed la reforma y la mejora en naciones acostumbradas á la servidumbre, y decidme cuántas veces vacilaréis y caeréis, críticos rígidos con la rigidez del frío de la muerte, en los combates, en los encuentros, en los abismos, en las tormentas de la vida. Querred descubrir nuevos mundos ó estudiar, nada más que estudiar la naturaleza. Aquí una tierra desconocida, allá una playa donde el aire es mortal; ya la calma chicha hasta podrir vuestros barcos, ya el huracán hasta estrellaros en los escollos; en este punto necesitaréis la perfidia y el engaño para burlar á quienes os ganan en número y fuerza, y allá la crueldad para combatir por la vida; al través de las montañas gigantescas el alud que os hiela ó el volcán que os abrasa, la nube que os envuelve y el abismo que os llama, la noche que os extravía con sus tinieblas y el sol que os achicharra con sus dardos; ora un desierto donde morís de sed, ora una laguna donde os ahogáis en el cieno; y decidme si al pasar por todo esto emplearéis los procedimientos ordinarios de la vida y no os saltará mil veces la sangre del corazón y la hiel de los hígados en una continua batalla. Pues las supersticiones del mundo moral amedrentan más todavía que las calamidades del mundo físico. El más sublime de los redentores pidió á Dios que apartara de sus labios aquel cáliz de su pasión donde estaba contenida la salud de la humanidad. En lo alto de la Cruz lanzó esta palabra de reconvencción á los cielos: «Padre mío, ¿por qué me habéis abandonado?» Y si esto pasa al que siente en sí como un espíritu divino y como una vocación sobrenatural para el sacrificio, ¿qué pasará al vulgo de los mortales? El interés que herís, el privilegio que soterráis, la ambición que no podéis satisfacer, tantas pasiones que se levantan como serpientes con sus fauces abiertas para combatir, concluyen por imponeros las leyes y las necesidades supremas del combate. Y no hay hombre que haya combatido como ese hombre. Así la naturaleza lo ha forjado en el molde donde forja los titanes; lo ha hecho grande y monstruoso como á esos seres que han vivido en otras edades planetarias; ha puesto sobre aquel rostro deforme, granizado por la viruela, una frente celeste; y entre tantas pasiones como han consumido su vida, el amor á la libertad, en el cual parece que se abrasa su sangre y se derrite todo su ser, como se abrasaba la sangre y se derretía el ser de los místicos en los celestes ardores del amor divino. Yo no conozco otro que hubiera podido acercarse á la vieja encina de la monarquía y desarraigarla; dirigirse á la aristocracia armada de sus aceradísimas espadas, ceñida de sus prestigiosos blasones, circundada de sus recuerdos y herirla; llevar, como la nube lleva la electricidad y la lluvia, en su palabra la idea para empapar con ella el terruño feudal y bautizar en el derecho al siervo, más pegado á la tierra aún que el nido de la alondra; encontrar en medio del relámpago, que á todos deslumbra y ciega, la fórmula divina que todo lo salva; destruir un mundo y fundar otro con prodigios de elocuencia; precipitar lo antiguo en su caída, y cuando quiere, detenerlo como una caríatide hercúlea en sus hombros, sin doblegarse, para que no caiga en los abismos hasta que su destructor, complacido en reconstruirlo por un día para probar su fuerza, no haya caído en el sepulcro y de-

jado la vieja monarquía privada de lo único que ya prolonga su existencia, de la sombra gigantesca de aquel genio.

Luego, cuando ha vivido tanto, reconvenidle porque ha amado mucho; cuando ha pensado tanto, injuriadle porque ha transcrito y copiado; cuando ha combatido tanto, maldecidle porque mil veces ha tropezado en la batalla y caído en el polvo, y ya en el polvo se ha manchado. ¡Qué vida! Sus predecesores pertenecieron á esa Italia que parece exhalar evaporaciones de genio. Los combates de la libertad florentina amasaron la levadura de su vida. Por eso la mezcla de energía y de finura, de rudeza y de arte, como en aquellos palacios que son joyas aéreas y están compuestos de moles sin medida y sin pulimento. Por eso la astucia unida con la fuerza; y el valor de los héroes con la sensibilidad femenina de los poetas; y el secreto del bien decir con la profundidad del pensamiento; y la idea democrática con los gustos aristocráticos; y la perfidia en la vida con la honradez en la tribuna, como que se ha escapado de Florencia, la cual á su vez se ha escapado de Atenas. Y se ha mantenido y ha brotado en esas orillas del Mediterráneo, donde ha nacido Homero, donde ha pensado Platón, donde ha escrito Virgilio, donde han hablado Cicerón y Demóstenes. Un castillo de la Provenza ha sido su cuna. Un padre que amaba á la humanidad y odiaba á su familia, el primer tirano. Un matrimonio de conveniencia, substituído luego por un amor del corazón, la primera cadena. Las fortalezas, las prisiones, las bastillas, los húmedos calabozos, la habitación de su juventud. Las ambiciones de la vida pública, mezcladas con los goces de los sentidos, su vicio. Las artes de la palabra y los medios infinitos de expresar la idea, su ejercicio. El trabajo inmenso, infinito, incalculable, como no puede comprenderse otro igual, su ocupación. La electricidad de la tormenta, su atmósfera. Los nobles y privilegiados, á quienes pertenecía por la cuna, su odio. El pueblo y la humanidad, su amor y su familia. Dios no estaba en su razón, la idea moral no estaba en su conciencia, la honradez no era el patrimonio de su vida; llevó su apostasía hasta la venalidad, sin presentir que la historia sólo absuelve las apostasías honradas, y su sensualidad hasta el epicureísmo, sin ver que los goces de la vida quebrantan y consumen á quien ya tiene los goces de la inspiración y de la idea; pero de ese montón de inmundicias donde está triturado su esqueleto, su vida de un día, se levantan como llamas purísimas y purificadoras, todo aquello que en él no pecó, su palabra, su idea, su elocuencia, sus fórmulas de libertad, sus acentos de ira contra los tiranos, sus arengas inmortales, sus interrupciones tonantes, los rayos con que ha consumido los miasmas y ha iluminado al mundo, su impercedera obra de redención, su titánica lucha por el humano progreso.

Para mí, el día mayor de la vida de Mirabeau es el día 23 de junio de 1789. Este es el día en que la finura de su entendimiento llegó á comprender dónde estaba la dificultad incomprensible de la situación, y el vuelo de su palabra llegó á las alturas inmortales donde jamás lo superará ninguna otra palabra. La monarquía acaba de lanzar su reto y de imponer su ultimátum. Si la Asamblea no cedía inmediatamente á sus confusos y contradictorios mandatos, el poder absoluto se erguía

de nuevo sobre su trono de tinieblas. Si la Asamblea no realizaba el bien, lo realizaría el rey por sí propio. El absolutismo dependía de los diputados, y en ceder quizá estaba para las colectividades, de suyo tímidas é inciertas, el puerto y la salud. No salieron de la sala y la dejaron desierta á la primera intimación del rey como las otras clases, porque esencialmente privilegiadas éstas, veían su fuerza y su sostén donde veían el privilegio por excelencia, mientras que ellos en realidad llevaban sobre sí algo más grande, llevaban la nación entera. Mas un instante de recogimiento podía traer un instante de debilidad, y un instante de debilidad podía perderlo y malograrlo todo. Mirabeau comprendía que no estaba en su interés atacar la obra del rey por sus declaraciones, que si quiera apareciesen confusas, formulaban algunos principios aceptables, sino en el procedimiento de intentar el bien de la nación humillando á la nación misma y prescindiendo de su concurso. Allí, en aquel punto, estaba como encerrada toda la dificultad de la crisis. Si al rey se le dejaba la facultad exclusiva de hacer bien, el rey aparecía como el patriarca antiguo, como el padre de la familia francesa, como la Providencia divina, como el dispensador de la justicia y de la gracia, volviendo la nación á su minoridad, y la asamblea del pueblo á su antiguo carácter de cortesana en los palacios. Así, con aquella rápida inspiración propia del orador, con aquel don de la oportunidad propio del estadista, en la fórmula breve que convenía al momento supremo y crítico, declaró que lo dicho por el rey podía ser la salud de la patria si no fueran siempre dañosos los presentes del despotismo. El lujo de la monarquía, el aparato de las armas, la violación del templo nacional, el mandatario de todos erigiéndose en providencia para todos, el que debía recibir leyes dándolas, el que debía oír los debates pervirtiéndolos, todas estas consideraciones surgían á su mente y le hablaban con tal fuerza que le imponían una frase, la cual brotaba por sí misma de sus labios como si fuera la palabra suprema del espíritu humano, á saber: la invocación á la propia dignidad para que, guardando todo el culto debido á la santidad del juramento, decidieran no separarse hasta haber dado á Francia una constitución.

En esto el maestro de ceremonias le interrumpe en nombre del rey. Momento supremo. La monarquía ha dejado el salón después de sus vanas orientales ceremonias, conjuros de lo pasado, y lo ha henchido la palabra de Mirabeau cargada con el espíritu moderno. A esta tempestad, donde fulguran tantas ideas y en cuyas ráfagas la conciencia humana se fecunda, o pone la corte, no otra palabra, no el arma de sus ejércitos, la vara mágica de su maestro de ceremonias. Imaginaos al marqués de Brezé con sus zapatos de raso blanco, sus medias de seda, su justillo recamado de oro, su capeta de terciopelo al hombro forrada de marta cebellina, sus collares y cruces al cuello, su gorra con un bosque de plumas en la cabeza, y en la mano su vara de marfil con que dirige las bizantinas ceremonias, frente á frente de aquel coloso, de aquel monstruo, de aquel atleta, de aquel Mirabeau vestido de negro como un misterio, en la fuerza de su genio, en la creación de sus discursos, poseído de sus inspiraciones, la cabellera agitada por los estremecimientos de la idea en el cerebro y del cerebro

en el cráneo, los ojos centelleando esos relámpagos del pensamiento humano, tan sublimes como los relámpagos del alto Sinaí, las manos crispadas por la emoción y la frente fruncida por el trabajo creador de sus numerosas producciones; y decidme si de aquellos dos mundos en presencia no representaba el uno la vana liturgia de lo pasado y el otro la vívida llama que iba á abrasar y á renovar el mundo.

Así, no es maravilla que el marqués de Brezé hablase muy bajo, y el presidente y los diputados no oyesen lo que hablaba. «¡Más alto, más alto!» gritan de todas partes. «Señores, ¿habéis oído las órdenes del rey?» gritó entonces el cortesano. «Sí, las hemos oído, respondió Mirabeau; hemos oído los propósitos sugeridos al monarca; y vos, que no podéis ser su órgano en los Estados Generales, vos que no tenéis aquí asiento, lugar ni palabra, vos no debéis ser quien nos recuerde su discurso. Sin embargo, para evitar todo equívoco y todo aplazamiento, os declaro, que si os han encargado de expulsarnos, deis orden para emplear la fuerza, porque reunidos por la voluntad de la nación, sólo saldremos por la fuerza de las bayonetas.» A este rasgo sublime de elocuencia, que tenía la concisión, la oportunidad, la fuerza, contesta el universal asentimiento de los diputados con una fervorosa aclamación llena de entusiasmo, en la cual iban como encerrados todos los derechos de los pueblos estallando frente á frente de todas las excepciones del privilegio. — «¿Puedo llevar al rey esa respuesta?» preguntó el pobre cortesano, aterrado por aquella manifestación y deseo de abandonar aquel sitio donde le faltaba la respiración. — «Llevádsela en buena hora,» respondió el presidente. En efecto, su propio maestro de ceremonias le llevaba la sentencia de muerte al antiguo absolutismo.

La corte se había empeñado en combatir aquel diluvio universal de ideas con ridículas puerilidades. En vez de mandar una orden expresa ó de esgrimir las armas depositadas en sus manos, envía después de su maestro de ceremonias su legión de tapiceros. Puesto que el estrado está construido, el trono de pie, los adornos de la sesión regia intactos, con decir á una porción de gente afanosa que meta ruido, y levante polvo, y sacuda alfombras, y saque sillas, y apile banquetas, y quite aquel teatro, la representación nacional se hunde en los abismos y el espíritu de la revolución se disipa en los aires. Los trabajadores entran con sus martillos, sus escoplos, sus tenazas, sus cuerdas, sus escobas y sus espuelas; pero los diputados de la nación, sin desconcertarse delante de aquellos pobres instrumentos de una farsa ridícula, como no se han desconcertado delante del monarca, continúan en sus deliberaciones, en sus discursos, debatiendo los problemas pendientes, absortos en la contemplación de su ideal político, y como encerrados en sí mismos para acerar sus resoluciones. Arquímedes no vió los soldados que habían penetrado en Siracusa, y acababan de asaltar sus muros; y estos Arquímedes que iban á remover todo un mundo, habrían de ver á los jornaleros que asaltaban los estrados y quitaban las alfombras? Los galos mesaron las barbas de los senadores romanos, y los senadores romanos permanecieron inmóviles en sus sillas curules, como los ídolos sobre sus aras, superiores á las profanaciones y á las blasfemias. ¿Y habían de conmoverse los diputa-

dos franceses por la algazara de los trabajadores? Al fin la ley moral se cumple con el rigor de las leyes físicas. La idea atrae con sus fuerzas misteriosas á aquella muchedumbre enviada para perturbarla. En cuanto entran en la sala meten mucho ruido; pero la majestad de los diputados les impone silencio. El deseo de oír hablar bien, tan vivo en los pueblos latinos, les obliga á suspender sus trabajos. Unos se quedan subidos en las escaleras, otros inmóviles y con los tapices medio arrancados en las manos, estos su martillo al hombro y su oído al aire que les trae palabras misteriosas, aquellos acurrucados en un rincón y extáticos, todos atentos y palpitando y estremeciéndose de entusiasmo. Entre las cláusulas que Luis XVI escribiera en sus artículos estaba la exigencia de que no hubiera público en las sesiones de los Estados Generales. Y él mismo acababa de enviar aquella legión de trabajadores para que presenciaran una de las sesiones más importantes y mezclas en aplausos al entusiasmo exaltadísimo de la Asamblea. Y era de oír cuanto allí pasaba. El íntegro Camús recuerda que no puede imponerse tributos á una nación sin su consentimiento, y conjura á los representantes del pueblo á que no se dejen arrebatar sus prerrogativas y las mantengan desde un principio. Barnave añade que las declaraciones hechas ya de cuanto la Asamblea es, no han menester la sanción de nadie y se imponen por su propia virtud á todos. Glaizen observa que el poder absoluto habla por boca del mejor de los reyes; pero los nobles que aconsejan al rey, pueden gozar hoy de su triunfo y saborearlo, pues que tan poco tiempo ha de durarles. Por procelosos que fueran aquellos instantes, creía Sieyes tener una luz para guiarse su mandato, el cual le elevaba á representante de Francia, impidiéndole proceder como oficial del monarca. El país demandaba una constitución, y nadie sino los diputados podían dársela. Después de las denegaciones opuestas á su derecho, continuaban siendo los mismos que habían sido antes de esas denegaciones y representando lo mismo que habían representado. La Asamblea declara unánime la insistencia en sus anteriores declaraciones, y Mirabeau proclama la inviolabilidad de los diputados, ese principio que pasa á todos los códigos y forma como una de las bases capitalísimas de todas las constituciones modernas. La representación nacional está fundada y la verdadera fase de la revolución está completamente concluída. La nación existe independientemente de todas las antiguas instituciones, por sí misma, y en virtud de su derecho.

Después que la nobleza ha abandonado el salón de sesiones, se ha dirigido al real palacio en señal de su adhesión á la monarquía y de su culto por el monarca. Pero Luis XVI está de tal suerte conmovido por cuanto pasa á su alrededor, que no osa hablar una palabra. En cambio el conde de Artois, aquel aturdido que sueña con una reacción universal y cree poder exorcizar la revolución con el espíritu de la Edad Media, encuentra saludos entusiastas, palabras de excitación al combate, conjurados dispuestos á morir con él contra los descamisados y la canalla. La reina, el único hombre del palacio, está radiante, llena de confianza, jugando, y ofreciendo, como un numen al valor y á la fortaleza, su hijo, el heredero de una corona próxima á estrellarse en tan tremendos escollos. El marqués de

Brezé oculta el carmín que todavía enrojece sus mejillas, y el temblor que sacude sus nervios. El mariscal de Broglie ofrece en cambio quemar á París si es necesario. Y cuando todos estos propósitos antirrevolucionarios estallan bajo las decoradas bóvedas de aquel palacio, gritos revolucionarios estallan bajo las bóvedas del cielo. Todo el mundo ha observado que Necker no ha asistido á la sesión regia. A tales observaciones corresponden clamores delirantes, entusiasmo, homenajes del favor público. El fanatismo es tal y tanto que los reyes pueden oír de sus cámaras las vociferaciones y ver las muchedumbres, con antorchas en la mano, como las furias antiguas, recorriendo las campiñas. Y si el fanatismo del pueblo es grande, no es pequeño el terror de la corte cuando llama á Necker para que la salve y Necker promete defender la monarquía ó morir con ella.

Mientras tanto, las resistencias de los nobles á unirse con el estado llano llegan hasta el punto de que un grande saca la espada y amenaza con atravesar á quien desierte de su puesto y mezcle sus blasones con el pueblo. Pero los resistentes á la fusión de todos han sido amenazados, y el arzobispo de París, que quiere disuadir al clero, se ha visto en trance de muerte, y sólo se ha salvado, entre una lluvia de imprecaciones y de piedras, por la habilidad de su cochero. Así es que á fin de julio la Asamblea Nacional se ha fortalecido, y los nobles y los clérigos, hasta los más recalcitrantes, han entrado en el seno de la representación nacional y se han fundido en su indivisible unidad, porque el rey ha dicho: «Lo pido, lo quiero, lo mando.» Tan aterrado estaba el poder supremo en medio de la revolución universal.

Si la monarquía deseaba defenderse, tocábale disolver la Asamblea desde el primer momento en que notó su transformación de tercero y humilde estado en órgano y representante de la soberanía nacional. Si deseaba confundirse con el pueblo, tocábale dejar á la Asamblea en su libertad, seguirla en sus deliberaciones, respetarla en sus acuerdos, ver en ella la sombra de un poder augusto, del poder supremo creador de todos los poderes. Pero los reyes siguieron un doble proceder y aumentaron las gravísimas dificultades, exacerbándolas con su incertidumbre, mala siempre, y peor en tiempos supremos que exigen la rapidez de las resoluciones y el don de la oportunidad. Desde la sesión regia hasta fines de junio estuvo pidiendo á las órdenes privilegiadas que se unieran al pueblo; desde fines de junio hasta mediados de julio, conspirando contra su propia obra con la aglomeración de ejércitos entre París y Versalles destinados á disolver la Asamblea y fusilar al pueblo. No podía escoger ocasión menos propicia para una obra tan grande. Los triunfos del estado llano acaloraban todas las inteligencias y fortalecían todos los corazones. Las palabras lanzadas desde la tribuna enardecían aquellas almas, no acostumbradas á sentir los efluvios vivificadores de la elocuencia, y creídas, por lo mismo, de que todas las ideas podían fácilmente encarnarse en la realidad, tan inerte y tan rebelde al pensamiento. Las maravillas y los milagros de la ciencia sustituían á las maravillas y á los milagros de la religión. El duque de Orleans, en la callada noche y por los espacios de una inmensa llanura, había visto